

Dando sitio á la noche, que imprudente
Presta con sus tinieblas igualmente
Al crimen manto y al dolor asilo.
Y allá en ocaso al espirar el día
Con su postrera luz reverberaba,
Y del inquieto mar se despedía,
Y de la tierra que á lo léjos via
Que de las sombras en poder quedaba.

Alcanzábase á Cadiz la opulenta
Blanqueando débilmente entre la bruma,
Sentada á flor del agua turbulenta,
Como queda despues de la tormenta
Témpano errante de perdida espuma.
Y aun se podian distinguir apenas
Los altos y movibles masteleros
Por cima y en redor de sus almenas,
Y en alas de las ráfagas serenas
La voz de los cansados marineros.

Mas no bien al crepúsculo indeciso
Tragó la luz de la amarilla luna,
Cuando en cóncavo son tronó imprevisto
Cañonazo de leva, ronco aviso
De nave que invocaba á la fortuna.

Lanzóse una á la mar, y á toda vela
Abandonando el puerto prontamente
Á par del viento favorable vuela.
Y á la luz clara que en la mar riela
Se la mira vogar tranquilamente.

A Italia va. Dichosos los que aguardan
A su playa feliz llegar en ella,
Y el tiempo cuentan que en mirarse tardan
Bajo el benigno sol de Italia bella.

A Italia va: pais de los placeres,
Encantado vergel rico de flores,
Vivienda de hermosísimas mujeres,
Patria feraz del genio y los amores.

A Italia va don Juan ¿ y á dónde iria
El osado y amante pendenciero,
A prolongar su interminable orgía
Y á gastar su existencia y su dinero?

A Italia, si; porque en Italia mora
El amor, la molicie y la pereza;
A Italia, si, donde el placer se adora
Altars levantando á la belleza.

A Italia va don Juan. ¡ Cuánta esperanza,
Cuánta ilusion de amor y de ventura,
Lleva en su corazon, que nunca alcanza
Fin á la dicha ni al placer hartura!

Atrás queda y burlada la justicia,
Atrás los muertos que dejó lidiando;
Mas la suerte con él marcha propicia
Cabo feliz á cuanto emprende dando.

SIRENA, MARGARITA... ¿ quiénes fueron?
Ya sus nombres le son desconocidos:
Su amor y sus encantos se perdieron
Un momento despues de conseguidos.

A Italia va don Juan. La España toda
Llena tras él de sus memorias queda,
Solo volver á España le acomoda
Cuando amar, ni reñir, ni gozar pueda.

« Mientras es jóven (dice) mientras lleve
« Deseo el corazon y oro el bolsillo,
« Lanzarse el hombre á los deleites debe
« Del sol de su fortuna al falso brillo.

« El placer es mi Dios; mi alma desea
« Para solo gozar larga la vida,
« Cuando sin oro y sin placer la vea
« Como una inútil prenda envejecida.

« Con estóica calma indiferente
« Despojareme de ella, convencido
« De que al que un aura de placer no aliente
« Le debe de bastar lo que ha vivido. »

Tal es don Juan y tal el pensamiento
Que á la risueña Italia le conduce,
Reñir, amar, beber, hé aquí su intento,
Gozar solo es vivir; de ello deduce.

A Italia va don Juan; ¿ y á dónde iria
En verdad el amante pendenciero,
A prolongar su interminable orgia
Y á gastar su existencia y su dinero?

IV.

Fuése á Italia don Juan, lector querido,
Y aquí cierra su historia su cronista,
Que seguirle hasta Italia no ha podido;
Lo cual, bien sabe Dios, que me contrista.

Porque no es conclusion para una historia
 Acabar en un viaje
 La vida y la memoria
 De su mas importante personaje.
 Decir que llegó á Italia, como dice,
 Sin añadir mas dél, es un exceso,
 De historiador sin seso;
 Porque si al menos naufragar le hiciera,
 Bien la historia en naufragio concluyera.
 Pero solo nos dijo
 A Italia fué, de donde yo colijo
 Que fué este historiador un calavera.
 Yo que ¡oh lector! tus intereses miro,
 Y á darte gusto aspiro,
 Tras el fin de don Juan un año anduve
 Crónicas y memorias registrando,
 Manuscritos y sábios consultando,
 Mas nada de don Juan á manos hube,
 Hasta que al fin pasando por fortuna,
 Y há poco por Palencia,
 Topé con la ocasion mas oportuna.
 Un clérigo muy viejo,
 En cuya casa por mi buen consejo
 Me hospedé aquella noche,
 Me contó como cosa verdadera,
 Y por los ojos de su abuelo vista,
 Una historia, que á fe que sino era
 De don Juan de Alarcon, servir pudiera
 Para acabar la que empezó el cronista.
 A contártela voy, lector benévolo,
 Con lo que el cuento de don Juan concluyo;
 Y aunque de su verdad no desconfio,
 A Dios plazca ¡oh lector! que como al mio
 Concluya mi don Juan á gusto tuyo

Seis años habia durado
 Del bravo don Juan la ausencia,
 Y su memoria en Palencia
 Con ellos se habia borrado.
 Mientras él fuera de España
 Vivió, habíanse vendido
 Sus bienes que habian venido
 A manos de gente extraña.

Y en fin, el mozo expatriado
 U oculto, no pareciendo,
 Fué poco á poco perdiendo
 La hacienda que habia heredado.
 Siendo ella de las mejores
 Que en toda la tierra habia,
 Está claro que tendria
 Infinitos compradores.

Pues sin deudos ni parientes
 Don Gil y don Juan, ninguno
 Puso impedimento alguno
 A sus nuevos descendientes.
 Tomó y pagó cada cual
 La parte que le convino,
 Sin curarse del destino
 De lo demás del caudal.
 Y un hombre que se nombraba
 De don Juan apoderado,
 Daba un recibo firmado
 Con la escritura, y cobraba.
 Nadie se volvió á meter
 En mas averiguaciones
 Ni en ver si los Alarcones
 Podrian ó no volver.
 De ellos quedó en conclusion
 La casa donde vivieron,
 A la que siempre entendieron
 Por la casa de Alarcon.

Cuatro paredones, esto
 Es lo que guarda Palencia
 De su pasada opulencia
 Por triste y último resto.
 Y á vuelta de algunos años
 Y de otra generacion,
 Todos serán de Alarcon
 A las memorias extraños.
 Tal es la vida, lector;
 Quien mete en ella mas ruido,
 Cae mas pronto en olvido,
 Y con vergüenza mayor.

En una tarde nublada
 Del turbio enero venia
 Por una dehesa que guia
 De Palencia á Torquemada
 Un hombre mal ataviado,
 Cuyo traje y porte fiero,
 Le daban por extranjero,
 Aunque no por muy honrado.
 Traia el ceño fruncido,
 A través del cual brillaban
 Dos ojos que á par miraban

Con insolencia y descuido,
 Una daga milanesa
 Por la cintura cruzada,
 Y una larguísima espada
 En dos garabatos presa.
 Todo el resto de su traje
 Igualmente convenia
 A hombre que mas no tenia,
 O á un hombre que va de viaje.
 Al ver su cuerpo fornido,
 Su capa al hombro, y su fiera
 Presencia, bien se pudiera
 Tomarle por un bandido.
 Sin embargo, en su persona
 Hay cierto aire de grandeza
 Que inspira cierta franqueza
 Y á su misterio aficiona.
 En un camino el hallarle
 Pavor infunde sin duda,
 Pero si pasa y saluda
 Vuélvese uno á contemplarle.
 Y siéntese que se aleje
 Al ver tanta gallardía,
 A par que causa alegría
 Que franco el paso nos deje.
 Y en fin, el viajero es tal,
 Que á todos cuantos le ven
 De léjos parece bien,
 Pero muy de cerca mal.
 Y él en tanto, sin curar
 De quien pasa por su lado,
 Iba con pié acelerado
 Atravesando el pinar.
 Cruzó un viñedo, en seguida
 Tomó una senda que á un valle
 Por las viñas se abre calle
 De antiguo césped vestida.
 Y aunque por lo embarazado
 Que está con yerba y ramaje
 No parece aquel paraje
 En verdad muy transitado,
 Él sigue siempre constante
 Como quien sabe el destino
 A que conduce el camino
 Que se le extiende delante.

Siguió por entre los brezos
 Y e enredado zarzal
 Con el pié ó con el puñal
 Apartando los tropiezos,
 Y llegó al fin de la cuesta
 Do se via en la hondonada
 Una casilla olvidada
 Ya ruinosa y descompuesta.
 Y cubierto de amarillo
 Musgó y de yerba silvestre
 Rodeaba esta campestre
 Casa un corto huertecillo.
 Ya en él no habia señales
 De manos de jardinero,
 Y el plantío y el sendero
 Eran sin cultivo iguales.
 Solo en su centro se via
 Sobre un monumento alzada
 De piedra una cruz labrada
 Que aun en pié se mantenía.
 Paróse ante ella el viajero
 Y ya por respeto fuese,
 Ya por temor que sintiese,
 Dejóse en tierra el sombrero.
 Postróse despues de hinojos
 Permaneciendo un instante,
 Aunque sereno el semblante
 Con lágrimas en los ojos.
 Y oró en silencio un momento,
 Al cabo del cual alzándose
 Con el sepulcro encarándose,
 Dijo así con triste acento:
 —Padre, al morir me dijisteis;
Si algun dia tus locuras
O imprevistas desventuras
Te roban cuanto te doy,
Ven á mi tumba escondida
Que en mi sepulcro al postrarte
Mi sombra saldrá á ayudarte.....
 Cumplióse así, y aquí estoy.
 «Rompe pues sombra adorada
 «Esa piedra que te esconde,
 «Y á mis suspiros responde
 «Momentánea aparicion;
 «Dime, sí, que desde el cielo

«Do mi padre habita ahora,
 «No me lanza aterrador
 «Su temible maldicion.»
 Calló aqui un punto: y besando
 La lápida con tristeza
 Inclinando la cabeza
 Dijo alejándose ya:
 «¡Quimeras!... nunca los muertos
 «Salen de la madre tierra
 «Que avara en su vientre encierra
 «El polvo que sér nos dá.»
 Entró así hablando el viajero
 En la casa abandonada,
 Roida y desmantelada
 Por el tiempo destructor,
 Y no halló cosa en su centro
 De que echar mano pudiera
 Ni aun para hacer una hoguera
 Y procurarse calor.
 Los insectos y las aves
 La ocupaban solamente,
 Y en los aires de repente
 Se lanzaron en tropel
 Al sentir bajo su techo
 Rechinar la antigua puerta,
 Que al entrar por ella abierta
 Dejaba el hombre tras él.
 Todo era dentro abandono;
 Desde el suelo á la techumbre
 Vió el triste con pesadumbre
 Polvo y miseria no mas:
 Y do quier que los tendía
 Solo encontraban sus ojos
 De otro tiempo los despojos
 Que no há de volver jamás.
 La lluvia que penetraba
 Por los techos derruidos
 Tenia ya enmohecidos
 Los aposentos do quier:
 Y en los viejos paredones
 Las vigas fuera de asiento
 Amagaban de un momento
 A otro momento caer.
 Las puertas al empujarlas
 Desvencijadas cedian,

Porque apenas mantenian
 Dentro su cerebro vá.
 Quicio en que apoyarse ya:
 Al fin abriendo ventanas
 Todo en fin amenazando
 Y puertas desencajando,
 Pronta y deplorable ruina,
 Rompiendo y aniquilando
 Hácia la tierra se inclina
 Cuanto encuentra aqui y alli,
 Y á hundirse en su nada vá.
 Llegó hasta un salon oscuro
 Y todo esto lo contempla
 Cuyo fondo daba entrada
 El viajero muy despacio,
 A otra fábrica apartada
 Como pudiera en palacio
 Que no habia visto hasta aqui.
 Magnífico examinar
 Daba de la casa á un ángulo
 Un anticuario curioso,
 En que estriba un aposento
 O un avaro que alli viera
 Que parece en su cimientó
 Una joya que otro hubiera
 Mas seguro gravitar,
 Perdido en aquel lugar.
 Y al que separa del resto
 Mas sin duda despechado
 De aquel edificio triste
 De no hallar lo que apetece
 Una puerta que resiste,
 Contra sí mismo parece
 Y él pugna por desquiciar.
 Que revuelve su furor,
 Mas no pudiendo, y no hallando
 Y en la sonrisa sardónica
 Ni llave ni picaporte,
 Con que miró cada objeto
 Tentó hallar algun resorte
 Se vé que le da en secreto
 Que la moviera tal vez;
 Su vista intenso dolor.
 Y al cabo de ir apurando
 Suelta á veces repentina
 Sospechas una por una
 É histérica carcajada,
 Asíó un clavo por fortuna
 Y á veces con voz airada
 Y se abrió con rapidez.
 Espantosa maldicion:
 Daba la puerta á una estancia
 Y otras veces dulce y lánguida
 Con escasa diferencia
 Melancolia le inspira
 Alhajada en opulencia
 Y tristemente suspira
 De las otras á la par,
 Su oprimido corazon.
 Aunque algo menos ruinosa,
 A veces se cree que llora
 Y al parecer en secreto
 Y otras con vos insegura
 Preparada á algun objeto
 Preces por bajo murmura
 Difícil de adivinar.
 Que son conjuros tal vez,
 No habia de aquel oculto
 Y á veces con ira impia
 Y aislado aposento en torno
 Jura, y maldice, y blasfema
 Mas mueble ni mas adorno
 Provocando un anatema
 Que un antiquísimo arcon,
 De Dios, con insensatez.
 Cuya llave conservada
 En fin, parece que victima
 En su propia cerradura,
 De exasperados pesares,
 Tal vez al secreto augura
 Ni espera ya en los altares,
 Misteriosa solucion.
 Ni fia en sí mismo ya:
 Abrióla aquel hombre, acaso
 Y alguno dijera viendo
 Esperando en su fortuna;
 Su descompuesta figura
 Alzó la tapa importuna
 Que asentada la locura
 Ansioso de ver si alli

Algun secreto encontraba
Que influyera en su destino,
Mas solo halló un pergamino
Escrito, y decia así:

COMO CUANDO AQUÍ TE VUELVAS
TODO LO HABRÁS YA PERDIDO,
Y TENDRÁS PUESTO EN OLVIDO
A TU PADRE Y Á TU HONOR,
EN ESA CUERDA Y ESCARPIA
LO QUE MERECEZ TE DEJO,
Y CREO QUE ES EL CONSEJO
QUE PUEDO DARTE MEJOR.

Quedóse don Juan atónito,
Pues no era otro el que leía,
Ni era otro el que escribía
Sino su padre don Gil:
Y sin apartar los ojos
De aquel fatal pergamino,
Contemplaba su destino
Con arrebató febril.

Y vió que había en el techo
Una escarpia asegurada,
Y en el arcon enrollada
Miró la cuerda fatal;
Y desplegándose toda
Su existencia ante sus ojos,
Su insensato le dió enojos
Panorama criminal.

No había en él mas que juegos
Pendencias y desafíos,
Disolutos amoríos
Y crímenes por do quier.
Aquí el esposo ultrajado,
Allí la justicia hollada,
Acá la monja engañada,
La seducida mujer.

Asesinado el amigo
Allá en la sombra moría
En su sangrienta agonía
Maldiciendo su amistad:
Allá la lívida sombra
Del desdichado Aguilera
Salía rabiosa y fiera
De la oscura eternidad.

Y todas sus mi memorias

De riñas y seducciones,
En negras apariciones
Mostrándose por do quier
Veníansele acercando

En muchedumbre siniestra
Con el puñal en la diestra
Su impia sangre á verter.

Todas estrechando el circulo
En redor suyo apiñadas
Venían desesperadas
A maldecirle á una voz,
Cada cual con justa cólera
Pidiéndole ansiosa cuenta
De alguna hazaña sangrienta
O de algun crimen atroz.

¡Ay, delira el desdichado!
La sangre hirviendo en sus venas
Le deja intervalo apenas
En que poder respirar:
Y ¡miseró don Juan!... ¡miseró!
A donde quiera que mira
Vé un espectro que con ira
Viene su alma á demandar.

¿Y su padre? no, no hay duda:
Al ver de don Gil la letra
El cruel destino penetra
Reservado para él:
Y sintiendo la conciencia
Que le despedaza el pecho,
Dijo de pronto: «Esto es hecho.»
Y asíó con ira el cordel.

Hízole un lazo á una punta,
El arca arrastrando trajo
Hasta ponerla debajo
De donde la escarpia está:
Y atando un extremo en ella,
Y en su cuello el otro extremo,
Maldijo don Juan su estrella
A morir resuelto ya.

Colocóse sobre el arca,
Disminuyó cuanto pudo
El espacio que del nudo
Hasta su cuello quedó:
Y entonces segundo Judas,
Con habla ya enronquecida,



Así de la alegre vida
Diciendo se despidió :

«Teneis razon, padre mio,
«Ya otra cosa no me resta;
«Para una vida como esta
«Mucho mejor es morir.
«¡Teneis razon! Gran regalo
«Me dejais, y lo merezco,
«Ea, pues, ya os obedezco.
«¡Abra Dios mi porvenir!»

Tras cuyas impías palabras,
Con los piés la arca empujando,
Quedó el misero colgando
Blasfemando de su Dios:

Mas no bien gravitó el cuerpo
En la escarpia, cuando al punto
Hierro y cordel todo junto
Cayó de su cuerpo en pos.

Desplomóse con estruendo
La carcomida techumbre,
Y empolvada muchedumbre

De escombros bajó detrás.
«¡Malditos maderos viejos!»
Exclamó don Juan alzándose,
Mas en su plan afirmándose,
Dijo: «Un árbol valdrá mas.»
Mas mirando al techo al irse
Por azar, cuál fué su asombro
Cuando pegado á un escombros
Otro pergamino vió,
Que á un lado manifestaba
Un cerrado cofrecito,
Y en él se veía escrito

Esto, que don Juan leyó:
PUES TUS VICIOS ¡INSENSATO!
HASTA AQUÍ TE HAN CONDUCTIDO
TEN HORROR DE LO QUE HAS SIDO
Y MIRA LO QUE Á SER VAS:
TOMA Y VIVE, MAS ACUÉRDATE
QUE CUANDO YA NADA TENGAS
SERÁ FORZOSO QUE VENGAS
POR OTRA ESCARPIA QUIZÁS.

CONCLUSION.

Tú crearás, lector amigo,
Que don Juan esto leyendo
En cuentas entró consigo,
Y por fin escarmentó:
Tambien yo lo suponía,
Pero, amigo, nada de eso,
Porque aquel clérigo obeso
Que esta historia me contó,
Me juró como hombre honrado
Que habia despues sabido
Que este don Juan perseguido
Por la justicia otra vez

Se escapó con su tesoro,
Y volvió á su antigua vida,
Gastando en Francia su oro
Con bizarra esplendidez.
¿Y sabes lo que me dijo
Aquel venerable anciano
Apretándome la mano
Acabado el cuento ya?
Pues me dijo aquel buen viejo
¡O lector de mis entrañas!
Que á quien tiene malas mañas...
El refran se lo dirá.